

Programa de Investigación Sobre el
Movimiento de la Sociedad Argentina

Documento de Trabajo nº

Indicadores para la periodización (momentos de ascenso y descenso) en la lucha de la clase obrera: la huelga general. Argentina 1992 - 2002

Nicolás Ñigo Carrera

Este trabajo intenta responder al problema de cómo construir una periodización de la lucha de la clase obrera. Para ello plantea un conjunto de interrogantes sobre la validez de utilizar a la huelga general como indicador para construir esa periodización¹.

El trabajo se desarrolla en dos partes. En la primera parte se analiza en términos teórico metodológicos la pertinencia de utilizar la huelga general como hecho que permita determinar los momentos ascendentes y descendentes de la lucha de la clase obrera. En la segunda parte se pone a prueba esa pertinencia confrontando el resultado a que se llegó con el análisis de los procesos de luchas políticas y sociales de los que ha participado la clase obrera argentina en la historia reciente, más específicamente durante la década de 1990 y hasta la crisis económica, política y social de los primeros años del presente siglo, mostrando cómo en la huelga general se movilizan simultáneamente la clase obrera y otras fracciones sociales populares.

La huelga general como indicador de momentos de ascenso y descenso en la lucha de la clase obrera

En nuestro análisis pretendemos dar relevancia al aspecto cualitativo por encima de lo meramente cuantitativo, que suele privilegiarse en los

¹ Nuestra unidad de análisis es la huelga general. La dimensión general es la lucha de la clase obrera; la dimensión específica es el momento (de ascenso o descenso); tomamos como subdimensión los grados de unidad y de alianza. Los indicadores utilizados son convocantes (quién convoca: número de centrales que convocan) y adherentes (quién adhiere; grados de adhesión). Para grado de unidad: 1. cuántas centrales convocan, 2. cuántos trabajadores adhieren (hacen la huelga), 3. cuántos sindicatos acatan. Para grado de alianza: 1. cuántas organizaciones de otras clases (de otras fracciones sociales no obreras) verbalizan su adhesión.

análisis de registros estadísticos de huelgas. Aunque es bien sabido que los cambios en cantidad devienen cambios de calidad, la determinación de momentos de la lucha de los trabajadores no puede limitarse al mero recuento del número de conflictos o hechos producidos; menos aún si no se establece algún tipo de escala o gradación que permita señalar cambios de calidad.

Teniendo presente esas diferencias cualitativas es que postulamos que la observación de los enfrentamientos sociales que toman la forma de huelga general, y que, por ende, implican la movilización (real o potencial) del conjunto de la clase obrera contra el conjunto de la clase capitalista y el gobierno del estado, constituyen un mejor indicador del momento por el que transcurre esa lucha que el análisis de las huelgas por empresa, sindicato o rama, que sólo involucran a parcialidades de esa clase. Privilegiando lo cualitativo por encima de lo cuantitativo, la determinación de los momentos ascendentes o descendentes de la lucha de la clase obrera puede hacerse, como fundamentaremos más abajo, por la observación de los *grados* de unidad (al interior de la misma clase obrera) y de alianza (en la relación de la clase obrera con fracciones sociales no obreras). La observación tanto de los grados de unidad como de alianza se realiza sobre procesos de lucha y no sobre su resultante, los aparatos organizativos institucionalizados; esto es, se observa la unidad y las alianzas establecidas en la lucha y no la unificación o ruptura de organizaciones sindicales. Debe destacarse que referirse a *grados* de unidad y de alianza implica que se trata de una escala, cuyos puntos extremos de unidad o fractura y de alianza o aislamiento nunca se dan de manera absoluta.

Cabe aclarar que nos estamos refiriendo al campo de relaciones sociales que pasan por la conciencia, que dependen de la voluntad humana, pero que no son resultantes de ninguna voluntad individual sino que resultan de las innumerables voluntades individuales cooperantes y contrapuestas, históricamente determinadas, que constituyen un «paralelogramo de fuerzas», como lo denomina Engels. No es una suma algebraica de las conciencias y voluntades individuales sino que es un producto social, una resultante que tiene un «plus» social en un sentido análogo al que señaló Marx cuando se refirió a la potenciación de la

fuerza productiva del trabajo por la cooperación entre los trabajadores².

La huelga es la forma de lucha propia de los obreros, pero no es de ninguna manera la única que utiliza la clase obrera, ni, necesariamente, la más importante o principal; esto depende del proceso histórico en que se produzca, que puede constituir a una huelga general de masas, por ejemplo, en forma de lucha subordinada a otra, como la insurrección.

La huelga general: lucha política

El análisis de la teoría crítica clásica considera que los medios de lucha utiliza-dos por el proletariado, en especial los que se constituyen en *formas de lucha*, es decir en los que cristaliza una relación social de confrontación, pueden ordenar-se en una escala³. El señalamiento de la existencia de una escala de formas de lucha se diferencia de la noción de «repertorio» que postula la teoría de la acción colectiva⁴. La escala de lucha de la clase obrera (que debe distinguirse de la lucha de clases en general) recorre desde los motines primitivos hasta la insurrección armada del pueblo⁵. Sabemos que cualquier forma sistemática es

² Marx, Carlos; El Capital; Tomo I, Capítulo XI.

³ Engels, Federico; La situación de la clase obrera en Inglaterra; Buenos Aires, Ediciones Diáspora, 1974; Capítulo «El movimiento obrero»; pp. 208 - 232.

⁴ Los repertoires of contention son, según la definición de los teóricos de la acción colectiva, «las maneras en que la gente actúa conjuntamente en pos de intereses comunes» («the ways that people act together in pursuit of shared interests») o, en otra definición, «un conjunto limitado de rutinas que son aprendidas, compartidas y actuadas mediante un proceso relativamente deliberado de elección» («... a limited set of routines that are learned, shared, and acted out through a deliberate process of choice») (Charles Tilly, citado por Tarrow, Sidney; Power in movement; Cambridge, Cambridge University Press, 1998; p.30). Como es fundamental en esa teoría, que tiene un fuerte asiento en la concepción liberal de John Stuart Mill, y por ende pone el acento en los individuos y no en las clases sociales, el sujeto (gente) es abstracto y está formado por cualquier conjunto de individuos. Tampoco hay ninguna referencia sistemática a la importancia relativa de unas u otras formas de acción o de lucha, salvo una referencia más bien general a su intensidad y extensión. Pero, aunque estos autores toman en consideración el cambio cualitativo, y sobre todo cuantitativo, de la acción colectiva, especialmente al referirse a los «ciclos de beligerancia» (cycles of contention) y el título del principal libro de Charles Tilly, From mobilisation to revolution, parece implicar una escala, no hay tal en lo que a formas de acción se refiere; simplemente se hace referencia a que, bastante obviamente, los repertorios no son inmutables y cambian con el tiempo, tendiendo a hacerse más generales, y siguiendo los cambios en la sociedad.

⁵ Entre otras formas pueden enumerarse, además del motín y la insurrección, la lucha de barricadas, la lucha parlamentaria y, ya en el siglo XX, la guerra revolucionaria. Todas estas formas se presentan combinadas en el proceso histórico concreto.

superior a cualquier forma espontánea, pero en la construcción de la escala debe tenerse presente que lo puramente espontáneo no existe (siempre hay algún grado de conciencia y de organización, cualesquiera que sean) y que las formas sistemáticas pueden institucionalizarse al punto de dejar de ser formas de lucha de la clase obrera en sentido pleno; es decir que la escala se construye en un proceso histórico concreto.

En cualquier caso la huelga general ocupa un lugar singular: aunque pueden adquirir rasgos específicos en el capitalismo, las otras formas existen también en sociedades asentadas en otros modos productivos; la huelga, en cambio, es propia del capitalismo en general, constituye la primera forma de lucha *sistemática* de la clase obrera y la forma más simple, la unidad, en que se descompone analíticamente la lucha entre capitalistas y obreros. Es inherente al sistema asalariado, vigente en el modo productivo y régimen social del capital en general, y constituye la «guerra de guerrillas»⁶ de los trabajadores *contra los efectos* del sistema existente.

La lucha de los obreros en tanto tales comienza cuando, reunidos por un mismo capitalista, dejan de lado la competencia entre ellos para unirse contra ese capitalista, teniendo como meta obtener un mejor precio por su fuerza de trabajo⁷ y, en su desarrollo, por la defensa de su organización para sostener esa lucha: el desarrollo de ese antagonismo hace que los trabajadores se unan con otros trabajadores del ramo productivo y/o de la localidad contra los capitalistas del ramo o del lugar para, finalmente, coligarse el conjunto de los obreros contra el conjunto de los capitalistas de un estado o país, y, menos frecuentemente, de varios países. En ese proceso histórico se va constituyendo la organización en sindicatos que agrupan a los obreros de una unidad productiva, de una rama o región y de un país en centrales sindicales, para llevar adelante su lucha contra los efectos del sistema social vigente. Si el primer objetivo de la resistencia se centra en la defensa del salario, a medida

que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la necesidad de imponer sus condiciones a los obreros, las asociaciones obreras, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesaria que la defensa del salario⁸. En esta lucha, que Marx caracterizó como «verdadera guerra civil», la organización obrera toma carácter político⁹.

Cuando el conjunto de los obreros se enfrenta con el conjunto de los capitalistas es el momento de la huelga general, que es también el momento en que el conjunto de los obreros se encuentra con el gobierno del estado; en una sociedad capitalista éste expresa los intereses de la alianza social en el gobierno, que puede incluir fracciones obreras, con la conducción de las fracciones burguesas que han logrado presentar su interés como el interés del conjunto de la alianza, y, a la vez, expresa la defensa del orden establecido, es decir, el poder de los capitalistas en un conflicto determinado. En la huelga general, pues, la lucha es política, lo que nada nos dice acerca de la forma de conciencia de su situación y cómo superarla (reformista o revolucionaria), que tienen los obreros.

Las tres direcciones de la lucha de clase del proletariado

El análisis de la huelga como forma que toma la *lucha económica* de los obreros, y la huelga general como forma que toma, entre otras, la *lucha política* de la clase obrera, debe completarse con el análisis de la *lucha teórica*, esto es la lucha por la dirección que se imprime desde la misma clase obrera al proceso histórico a partir del conocimiento que de él se tiene¹⁰.

⁸ «Si el primer fin de la resistencia [de los obreros] se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa de los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario» (Marx, Carlos; Miseria de la Filosofía.; Buenos Aires, Siglo XXI, 1975; pp. 157-158).

⁹ «(...) las condiciones económicas, transformaron primero a la masa de la población en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, (...) esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política» (Marx, Carlos; Miseria de la filosofía, op.cit).

¹⁰ Para un desarrollo de las «tres formas -direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas)» de la lucha ver

⁶ Marx, Carlos; Salario, precio y ganancia.

⁷ Las diferentes metas económicas de las huelgas (monto del salario, condiciones de trabajo, duración de la jornada de trabajo) se sintetizan en el precio de la fuerza de trabajo: lo que está en disputa es el desgaste de la fuerza de trabajo (por la duración de su uso y las condiciones en que se la usa) en relación con el precio que se paga por ella.

Toda lucha de los trabajadores tiene como meta modificar la situación en que se encuentran. En sus términos más generales esa situación aparece como la de un conjunto de seres humanos que obtiene sus medios de vida bajo la forma del salario, el precio de su fuerza de trabajo, de la que son propietarios y venden como cualquier propietario de mercancías; es decir, que, en tanto propietarios, intercambian su capacidad de producir con quienes poseen los medios de producción, y también los medios de vida de los obreros bajo la forma de dinero, tal como puede observarse en las relaciones de compra-venta que se establecen cotidianamente entre capitalistas y obreros individuales.

Sin embargo, esta relación es sólo aparente, es decir, es sólo la parte evidente de la totalidad de relaciones que constituyen la base productiva propia de la sociedad capitalista. Esta totalidad sólo se conoce cuando se observa la relación establecida entre las clases sociales fundamentales (la clase obrera y la clase capitalista), encubierta por la apariencia de las relaciones entre los individuos. La entrega de la fuerza de trabajo no surge de la voluntad individual de los obreros sino que se impone al conjunto de la clase social que ha sido históricamente expropiada de sus condiciones materiales de existencia, es decir, que se encuentra privada de la posibilidad de reproducir su vida sin poner su capacidad al servicio de otra clase social. Tanto los procesos de acumulación originaria, que generan mediante la coacción extraeconómica una masa de población expropiada, como el mismo proceso productivo propio del capital, del que los trabajadores salen tan expropiados como entraron (lo que es garantizado por el consumo individual)¹¹, hacen que la propiedad de la fuerza de trabajo y su venta por parte de la clase obrera sean sólo una apariencia que se presenta mientras la observación se limita a la esfera de la circulación de mercancías, en la que se encuentran los individuos propietarios, y que encubre la condición de expropiada de esa clase, esclava de la clase capitalista.

Sin embargo, como se dijo, la situación objetiva de los asalariados aparece como la de un conjunto de propietarios-vendedores de fuerza

de trabajo que necesitan de un comprador (capitalista)¹². Ésa es la base sobre la que se asienta su *conciencia de asalariados*. Su lucha se dirige a vender su fuerza de trabajo en las mejores condiciones posibles, sin cuestionar de raíz las relaciones capitalistas mismas. Pero esa conciencia parcial deviene plena conciencia de su situación objetiva cuando toma en consideración el conjunto del proceso capitalista, que involucra el proceso de producción y reproducción constante de la expropiación de sus condiciones materiales de existencia: la *conciencia de expropiados*.

La toma de conciencia de la posición de asalariado, y las consiguientes acciones para resolver las penurias que conlleva (luchas por aumentos de salario, condiciones de trabajo, duración de la jornada de trabajo, que pueden subsumirse en la lucha por el precio de la fuerza de trabajo con relación a las condiciones en que será consumida), conduce a la confrontación con el capitalista individual, y aun con el conjunto de los capitalistas y el gobierno, pero también a la alianza con esos mismos capitalistas en la medida en que la condición de asalariado requiere de capitalistas que compren la fuerza de trabajo. De manera que las luchas orientadas por el interés de los trabajadores en tanto asalariados pueden modificar el sistema social, reformarlo, pero no transformarlo de raíz.

La condición de expropiados, por el contrario, sólo puede modificarse para el conjunto de los trabajadores eliminando la propiedad privada individual de las condiciones materiales de existencia, es decir asumiendo la propiedad de las fuerzas productivas sociales, lo que significa la transformación de raíz del modo de organización económica y social.

Históricamente la lucha de la clase obrera se ha dado articulando los dos intereses, el del asalariado y el del expropiado, aunque predomine uno u otro en un enfrentamiento social concreto. El primero, que se expresa predominantemente en la lucha y la organización sindicales, es el que orienta la inmensa mayoría de las acciones obreras, y es la condición para que emerja el otro interés.

Considerada como forma abstracta, pues, la huelga en sí misma, lo

Engels, Federico; Las guerras campesinas en Alemania; Prólogo; Buenos Aires, Andes, 1970; pp. 36-38.

¹¹ Marx, Karl; El Capital; Libro I, capítulo XXI.

¹² «En las cabezas de los agentes de la producción y circulación capitalista [surgen] (...) ideas (...) que no son sino la expresión consciente del aparente movimiento» (Marx, Carlos; El Capital; Libro III; México, FCE, 1974; p. 304).

mismo que la huelga general, nada nos dice acerca de cuál es la conciencia de quienes la realizan, aunque, como ya se dijo, resulta evidente que la inmensa mayoría de ellas se hacen con la conciencia de asalariado.

Porque, aunque todo hecho contiene las tres direcciones de la lucha (económica, política y teórica), lo hace con diferentes densidades de cada una de ellas. La huelga se localiza fundamentalmente en el *momento económico-profesional* de las relaciones de fuerzas políticas¹³, así como la huelga general lo hace generalmente en el *momento del grupo social*¹⁴ aunque, en determinadas situaciones, pueda pasar al momento siguiente, el *momento del partido*, es decir, el momento en que la lucha se da entre fuerzas sociales, alianzas sociales.

Fuerza social, unidad y alianza

La lucha política se da siempre entre fuerzas sociales, que son alianzas de clases y fracciones de clase. La fuerza surge, justamente, de la suma (cualitativa, no por mera adición) de voluntades dentro de la clase y de las diferentes fracciones sociales que se alían¹⁵. Es por eso que la observación de los grados de unidad/fractura de la clase obrera y de alianza/aislamiento respecto de las otras fracciones y clases sociales permite determinar momentos ascendentes y descendentes de la lucha del proletariado, extendiendo el señalamiento de Marx acerca del ascenso y descenso de la revolución¹⁶ a cualquier momento histórico, incluso en períodos cuando la revolución es

¹³ Gramsci, Antonio; La política y el estado moderno.

¹⁴ «Ya en este momento se plantea la cuestión del Estado, pero sólo en el terreno de lograr una igualdad político-jurídica con los grupos dominantes, ya que se reivindica el derecho a participar en la legislación y en la administración y hasta de modificarla, de reformarla, pero en los cuadros fundamentales existentes» (Gramsci, Antonio; Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno; México, Juan Pablos Editor, 1986; p.71).

¹⁵ De manera análoga a la formación de fuerza productiva analizada por Marx en el capítulo sobre división del trabajo y cooperación del Libro I de El Capital.

¹⁶ «En la primera revolución francesa (...) Cada uno de estos partidos se apoya en el que se halla delante. Tan pronto como ha impulsado la revolución lo suficiente para no poder seguirla, y mucho menos para poder encabezarla, es desplazado y enviado a la guillotina por el aliado, más intrépido, que está detrás de él. La revolución se mueve de este modo en un sentido ascensional. (...) En la revolución de 1848 es al revés. (...) Cada partido da codos por detrás al que empuja hacia adelante y se apoya por delante en el partido que tira para atrás». (Marx, Carlos; El 18 Brumario de Luis Bonaparte; Buenos Aires, Nuestra América, 2005; pp. 41-42).

imperceptible, y a procesos de luchas libradas por el proletariado con conciencia de asalariado, es decir, sin poner en cuestión las bases mismas del orden social establecido.

Claro que si observamos ese proceso de formación o descomposición de fuerza social desde la perspectiva de la lucha de clase del proletariado es fundamental determinar cuál es el interés (de qué fracción social) que conduce la fuerza, es decir cuál es el interés que es presentado como la meta que el conjunto de la fuerza busca realizar.

La huelga general, la transformación de raíz de la sociedad o la incorporación al sistema institucional

En la medida en que en la huelga general el conjunto de los obreros se enfrenta al conjunto de los capitalistas y al gobierno del estado, se expresa *potencialmente* en ella, no importa el grado de conciencia que de ello tengan sus protagonistas, la lucha contra la forma de organización social vigente basada en la relación capital – trabajo asalariado, es decir, contra el capitalismo mismo. Pero esa lucha sólo deja de existir en potencia y alcanza su forma desarrollada cuando toma lo esencial de la política: la organización del poder del estado, y, cuando alcanza ese momento, la forma que toma la lucha de la clase obrera ya ha superado la huelga general, porque ésta deja de ser la forma fundamental o principal de la lucha de la clase obrera para devenir forma auxiliar o subordinada a otras, como la insurrección o la guerra. Los procesos históricos en los que estas dos últimas formas se desarrollan como insurrección armada del pueblo y/o guerra revolucionaria tienen como resultado posible una transformación de raíz de la sociedad.

Pero, lo más frecuente es la penetración de las luchas de la clase obrera en el sistema institucional jurídico y político, que tiene como resultante una creciente institucionalización de formas de organización, como el sindicato, y de lucha, como la huelga. Librada al desarrollo del «curso natural de las cosas», la lucha económica práctica, y su expresión política, tienen como meta conseguir condiciones ventajosas de venta de la fuerza de trabajo, mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, para lo cual es necesario agruparse en sindicatos, luchar contra los patrones, reclamar del gobierno la promulgación de determinadas

leyes, sin proponerse modificar de raíz el sistema social vigente sino simplemente incorporarse a él. Esta incorporación produce una modificación, parcial, pero no radical de la sociedad capitalista.

En esas condiciones, la huelga general deviene un instrumento de presión que puede derivar en instrumento de una alianza entre capitalistas o fracciones burguesas y fracciones obreras, contra otras fracciones sociales, incluso contra otras fracciones de la masa trabajadora y explotada¹⁷.

Es por eso que el contenido de una huelga sólo puede conocerse analizándola dentro del proceso histórico concreto en que se produce, determinado por el período (revolucionario o contrarrevolucionario, incluyendo las fases que contenga); el momento de la lucha del proletariado (ascendente o descendente); la forma (ofensiva o defensiva), y el signo (política positiva o negativa), con que se desarrolla.

Dirigencias/burocracias y bases

Las huelgas generales, excepto en situaciones excepcionales, como puede ser la culminación de un proceso revolucionario, son convocadas por centrales sindicales. Éstas constituyen, como ya se dijo, la organización de los intereses del *grupo social*.

Pero esto requiere tomar en consideración otro aspecto del problema que nos planteamos en este trabajo: la relación entre «dirigencias/burocracias» sindicales y el conjunto de los trabajadores o, al menos, la parte de ellos activos en las protestas y luchas (las llamadas «bases»), para delimitar en qué medida la huelga general, en este estadio del desarrollo capitalista, constituye un instrumento de lucha del conjunto de la clase obrera o sólo de una capa que detenta el control y administración de las organizaciones sindicales.

En su desarrollo histórico, las luchas de la clase obrera fueron penetrando el sistema institucional jurídico, con la consiguiente institucionalización de sus formas de organización, como el sindicato, y de lucha, como la huelga. En Argentina, a lo largo del siglo XX la mayor parte del movimiento obrero pasó de organizaciones enfrentadas al sistema institucional político que no les daba cabida, a organizaciones

que lograron insertarse en él, como la forma de organización de los intereses económicos inmediatos de porciones de los trabajadores, y su prolongación en el campo de las relaciones políticas. Desde las décadas de 1930 y, sobre todo, desde los años cuarenta, estas organizaciones alcanzaron su plena institucionalización. Y formaron, a la vez, una sólida trinchera frente a los intentos por transformar la naturaleza capitalista de la sociedad argentina. Esta condición de trinchera sólo pudo ser amenazada, incluso desde algunas organizaciones sindicales, en momentos de crisis y profunda transformación de la sociedad argentina, cuando la estrategia de formar parte del sistema institucional para la mayoría de los trabajadores chocó con los límites mismos de ese sistema.

Como en cualquier otra institución en esta fase de desarrollo de la humanidad, la complejización de las tareas que realiza un sindicato generó, al menos desde la década de 1920, un aparato administrativo y un funcionariado especializado en la administración y negociación de los conflictos obrero patronales, es decir una burocracia, regida por normas establecidas. Y dentro de ella, una jerarquía que tiende a mantenerse en los cargos directivos, utilizando para ello todos los medios a su alcance. Se genera así una capa que tiene intereses propios, análoga hasta cierto punto a la burocracia estatal¹⁸. Los intereses de esta capa pueden estar estrechamente entrelazados con los del conjunto de los trabajadores, como, por ejemplo, en la defensa y preservación de la organización sindical¹⁹, o en el establecimiento de una unidad y disciplina que garanticen la fuerza y efectividad en la lucha. Pero, a la vez, tienen su especificidad, en tanto la organización sindical constituye para esta capa la base de su existencia misma. Ese proceso de institucionalización y burocratización cruzó todas las ideologías y todas las organizaciones políticas adscriptas al régimen capitalista, e incluso a algunas de las que, al menos en su meta final, se le oponían²⁰.

¹⁸ «La sociedad da origen a ciertas funciones comunes de las cuales no puede prescindir. Las personas elegidas para realizar estas funciones constituyen una nueva rama de la división del trabajo dentro de la sociedad. De esta manera adquieren intereses particulares, distintos también de los intereses de quienes los emplearon; se independizan de estos últimos, y he aquí el Estado» (Federico Engels a Konrad Schmidt; en Marx, Carlos y Engels, Federico; Correspondencia; Buenos Aires, Cartago, 1973; p.383).

¹⁹ Que, como vimos, Marx señalaba como un rasgo del movimiento obrero prácticamente desde sus orígenes.

¹⁷ Por ejemplo, en una alianza entre capitalistas y obreros de una rama para elevar los precios de sus productos en perjuicio de los consumidores, mayoritariamente también trabajadores.

Si bien la referencia (o denuncia) sobre la existencia de una burocracia sindical ha sido una constante en Argentina al menos desde la década de 1910²¹, las transformaciones ocurridas en el sindicalismo argentino que culminaron en la década de 1990 con la consolidación de una parte de los sindicatos como «sindicalismo empresario», es decir, sindicatos que participan como tales en la propiedad de empresas²², parecería reforzar esa tendencia a la consolidación de una capa burocrática.

Ahora bien ¿la mera existencia de esta capa implica que ha perdido su condición de dirigente de procesos de lucha que tienen como sujetos a los trabajadores? ¿Puede esta capa subsistir sin expresar de ninguna manera intereses de los sindicalizados? ¿Puede existir una burocracia absolutamente divorciada de los intereses organizados en una institución? Si se toma en consideración un proceso histórico de cierta duración, la respuesta parecería ser negativa. Aunque no corresponde estrictamente al problema que estamos tratando en este trabajo, puede adelantarse la hipótesis de que generalmente, más que un divorcio entre «burocracia» y «bases», lo que existe es una correspondencia entre el grado de conciencia de asalariado dominante entre la mayoría de los trabajadores y las direcciones sindicales²³. Sobre todo en los sindicatos de trabajadores insertos en actividades estratégicas y con mayor tradición de lucha, que, en consecuencia, son más fuertes y pueden insertarse de manera más sólida y estable en el sistema institucional.

Responder a las preguntas formuladas más arriba ayuda a evaluar en qué medida la huelga general constituye es expresión de la lucha de la clase obrera y puede constituirse en indicador para medir sus momentos

²⁰ Como es inexorable allí donde se hace presente el capitalismo y, por ende, el interés individual, la burocratización tendió a ser acompañada por la corrupción, alimentada por los empresarios y los funcionarios estatales.

²¹ Sindicalistas y socialistas se acusaron mutuamente de burócratas; ambos fueron acusados de tales por los comunistas y éstos (junto con los nombrados en primer término) por los anarquistas; en las décadas siguientes, todos ellos coincidieron en caracterizar así a los dirigentes del sindicalismo peronista, cuyas líneas internas, a su vez, se denunciaron como burócratas entre sí.

²² Diferencia cualitativa con la situación de dirigentes sindicales propietarios de empresas o con la participación accionaria de trabajadores en empresas donde trabajan, ya que la organización sindical se apropia de valor generado por otros trabajadores.

²³ Lo que se presenta como lucha entre bases y burocracia es en realidad una lucha por la dirección; el discurso bases – burocracia es un ariete en la lucha por la conducción.

ascendentes o descendentes. El análisis de los casos concretos de huelgas generales en la historia reciente argentina permite ponerlo a prueba.

La huelga general en la Argentina de los años '90

Para ello analizamos los procesos de luchas políticas y sociales de los que ha participado la clase obrera argentina durante el ciclo de rebelión que hemos delimitado entre diciembre de 1993 y diciembre de 2001-junio de 2002²⁴. Específicamente centramos la observación en las huelgas generales entre 1992 y 2002²⁵. En el análisis de las huelgas generales se atendió a su amplitud (grado de participación y adhesión a la huelga por parte de los trabajadores), convocatoria, forma específica (si fue realizada con o sin movilización), grados de unidad o fractura al interior de la clase obrera y capacidad de lograr acompañamiento o no de otras fracciones sociales no proletarias (alianza/aislamiento). En este último aspecto, se analizó si la huelga general constituye un momento de articulación de distintas fracciones sociales obreras y no obreras.

Las convocatorias de las centrales reciben una alta adhesión de los trabajadores

Entre 1992 y 2001 se realizaron 17 huelgas generales. Catorce de ellas tuvieron una adhesión de los trabajadores superior al 50%; sólo en tres (14/8/97, 6/7/99, 8/8/01) es probable que la adhesión haya sido inferior a ese porcentaje. De las catorce referidas, seis tuvieron una adhesión superior al 75% (9/11/92, 26-27/9/96, 9/6/00, 23-24/11/00, 21/3/01, 13/12/01)²⁶.

²⁴ La delimitación de ese ciclo de rebelión, inserto dentro del período contrarrevolucionario abierto a mediados de los '70, puede verse en Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo; «El movimiento obrero organizado sindicalmente en Argentina. Su lugar en los procesos de luchas políticas y sociales desde la década de 1990 hasta la actualidad»; ponencia presentada en VIII Taller Científico Internacional 1º de Mayo, La Habana, 28-30 de abril del 2009.

²⁵ Aquí sólo nos ocupamos de ese ciclo de rebelión. En el análisis de un lapso más amplio, realizado sobre la base de una descripción elaborada con información recogida de fuentes periodísticas, se constituyó como observable a las treinta y dos huelgas generales ocurridas desde la restauración de los gobiernos surgidos de procesos electorales hasta la crisis económico, política y social de los primeros años del presente siglo (1984 y 2002). Los resultados fueron publicados con el título «Las huelgas generales, Argentina 1983-2001: un ejercicio de periodización»; Buenos Aires, PIMSA-Documentos y Comunicaciones 2001; 2002; pp. 101-136.

²⁶ Los porcentajes reproducen los estimados por los diarios. Generalmente las centrales sindicales difunden porcentajes superiores y los gobiernos, inferiores.

También hubo alta participación de los trabajadores cuando se utilizaron otros instrumentos de lucha a partir de la convocatoria de centrales sindicales (CTA, MTA)²⁷, como por ejemplo la Marcha Federal (3-12/7/94) de cuatro columnas que recorrieron el país y convergieron en Plaza de Mayo, donde se reunieron 50.000 manifestantes; la concentración de 60.000 manifestantes en Plaza de los Dos Congresos que acompañó a la huelga general del 6 de septiembre de 1995; la concentración del 26 de septiembre de 1996 con que comenzó la huelga general que se extendió hasta el día siguiente y que convocó a 70.000 manifestantes en Plaza de Mayo; la Marcha Nacional del Trabajo desde La Quiaca, desarrollada entre el 9 y el 11 de julio de 1997 y que reunió en Plaza de Mayo no menos de 50.000 personas.

Como puede observarse, si se considera la adhesión que recibieron las huelgas generales convocadas por las centrales sindicales, no puede afirmarse que exista una cesura entre «dirigencias/burocracias» y «bases», al menos en el momento de la huelga general. Y la ausencia de esa cesura también puede verse en que, en todos los casos, la participación fue en el mismo sentido de la convocatoria: hubo movilización callejera en las huelgas convocadas «con movilización» por al menos alguna de las centrales sindicales, y no hubo movilización en aquellas convocadas sin movilización²⁸. Cabe agregar que ninguna otra organización (social o política) ha tenido la capacidad, ni siquiera aproximada, de convocar a los trabajadores en tanto tales como lo han hecho las centrales sindicales.

Participación de capas y fracciones sociales en las huelgas generales con movilización

Desde 1996, año en que la desocupación abierta y la subocupación crecieron hasta alcanzar el pico más alto (casi 30% de la PEA) anterior a 2001, en las huelgas generales con movilización se produjeron

manifestaciones con ollas populares y/o cortes de rutas y calles y/o ataques a bancos y/o quema de neumáticos y/o choques callejeros (14/8/97, 6/7/99, 5/5/00, 9/6/00, 23-24/11/00, 21/3/01, 8/6/01, 19/7/01). Es decir que se articularon otros instrumentos en la huelga general. Quienes usaron esos instrumentos fueron en muchas oportunidades capas del proletariado, como los *pobres*, incluyendo una participación destacada de los trabajadores desocupados (5/5/00, 21/3/01, 8/6/01, 19/7/01), que no tenían otra manera de expresar su protesta en el marco de la huelga general. También otros grupos sociales como los estudiantes y otras fracciones de la pequeña burguesía, incluyendo a pequeños y medianos empresarios, cuyas organizaciones también adhirieron, e incluso convocaron, a algunas de estas huelgas generales. Los rasgos que estamos señalando se repitieron, en mayor escala, en la huelga general del 13 de diciembre de 2001, hecho con el que comenzaron los hechos de calles que culminaron con la insurrección espontánea del día 20²⁹.

De manera que son justamente las huelgas generales con movilización donde puede observarse que la anunciada fragmentación de la clase obrera (especialmente entre trabajadores ocupados y desocupados) no se verifica. Y algo semejante, aunque en menor escala, ocurrió en las Jornadas Piqueteras realizadas en 2001 (31 de julio, 7 y 8 de agosto y 14, 15 y 16 del mismo mes), convocadas principalmente por organizaciones de desocupados y de las que participaron trabajadores ocupados, sobre todo afiliados a la CTA.

Por el contrario, y bastante obviamente, la fragmentación aparece como el rasgo más destacado si lo que se observa son sólo los conflictos parciales por empresa o rama, o las manifestaciones realizadas sólo por desocupados, que, por definición, sólo involucran a parcialidades de la clase obrera.

La huelga general como indicador de momentos de ascenso y descenso en la lucha de la clase obrera

Lo señalado en los dos puntos anteriores permite afirmar que las

²⁷ La CGT no apeló a otros instrumentos que implicaran la movilización callejera, excepto en el marco de dos huelgas generales, en septiembre de 1995 y septiembre de 1996. Más adelante, la CGT conducida por Hugo Moyano sí lo hizo; no así la encabezada por Rodolfo Daer.

²⁸ En la medida en que, como se dijo más arriba, las distintas centrales convocaron simultáneamente a huelgas generales, pero la CGT «sin movilización» y el MTA (después CGT – Moyano) y la CTA «con movilización», queda planteado aquí el problema de precisar la capacidad de convocatoria de cada una de las centrales sindicales, en cada una de las huelgas generales.

²⁹ Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo; «La insurrección espontánea. Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización»; PIMSA Documentos y Comunicaciones 2003; Buenos Aires, 2004, pp. 201-308. Iñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo; «Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre 2001 en Argentina», en Gerardo Caetano (compilador); Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la Historia reciente de América Latina; Buenos Aires, CLACSO Libros, 2006.

huelgas generales son un mejor indicador *cualitativo* de los momentos de ascenso y descenso de la lucha de la clase obrera en la historia argentina reciente que el mero número de «conflictos» parciales o de «hechos» realizados por los trabajadores³⁰.

Sin embargo, podemos también comparar los resultados de esta última medición con los momentos ascendente y descendente delimitados en la periodización propuesta por nosotros³¹, en la que utilizamos como indicadores las huelgas generales y otros hechos (motín de Santiago del Estero de diciembre de 1993, lucha de barricadas en Cutral-Có, Jujuy, Salta y otros lugares en mayo de 1997 y en Corrientes diciembre de 1999) que consideramos hitos en el proceso de rebelión en los '90³². Los

³⁰ La diferencia entre el registro de «hechos» y el registro de «conflictos» tiene importancia en el momento de comparar las tendencias ascendentes o descendentes del movimiento huelguístico, medido en términos de cantidad de registros, con los momentos ascendentes o descendentes determinados considerando como indicador las huelgas generales: en un hecho (por ejemplo, en una huelga general) pueden confluír varios conflictos, a la vez que en el desarrollo de un conflicto pueden producirse varios hechos. La acotación viene a cuento con relación al artículo de Adrián Piva («El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina (1989-2001)», en Estudios del Trabajo, N° 31 – primer semestre 2006), en el que intenta invalidar la utilización de la huelga general para medir momentos ascendentes y descendentes de la lucha de la clase obrera en la década de 1990, utilizando la base de datos de «conflicto obrero» elaborada por un equipo dirigido por Ernesto Villanueva y Marcelo Gómez en el marco del CEI de la Universidad Nacional de Quilmes. Es más coherente contrastar la huelga general (hecho) con «hechos» realizados por los trabajadores más que con «conflictos». En el mismo sentido Bonet, Alberto; La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001; Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008; pp.362 – 369. Bonnet (op. cit.; p. 367) plantea que como desde 1996 hay menos conflictos en la base, las huelgas generales no expresan la lucha sino otra lógica. Fundamenta su afirmación en la comparación entre los promedios mensuales de conflictos en los años 1989 – 1994, muy superior al de los años 1995 – 1999, y la cantidad de huelgas generales (sólo considera las convocadas por la CGT) correspondientes a esos años: una para 1989 – 1994 y cuatro para 1995 – 1999. Más abajo volvemos sobre el tema.

³¹ Iñigo Carrera N. y Cotarelo M.C.; La protesta social en los '90. Aproximación a una periodización; PIMSAs Documentos y Comunicaciones 2000; Buenos Aires, 2001, pp. 1 73-181. Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M.C.; «Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993-2001», en PIMSAs Documentos y Comunicaciones, 2004; Buenos Aires, 2005, pp. 125-138.

³² Estas huelgas y enfrentamientos (que tenían como meta defender la legislación existente, resultante de las luchas anteriores, y oponerse a las nuevas condiciones que pueden sintetizarse en la llamada «flexibilización laboral») lograron detener la implantación total de la flexibilización laboral y de las llamadas «reformas de segunda generación». Para avanzar en la flexibilización laboral el capital tuvo que esperar al año 2000, con el nuevo gobierno de la Alianza, que logró imponerla en medio de un escándalo desatado por las denuncias de pago de sobornos a los legisladores que votaron la impopular ley, la renuncia

momentos así delimitados son: 1.- *Primer momento ascendente* entre diciembre de 1993 y agosto de 1997; 2.- *Momento descendente* entre septiembre de 1997 y diciembre de 1999; 3.- *Segundo momento ascendente*, entre diciembre de 1999 hasta el final del lapso que estamos considerando en este trabajo (2002)³³.

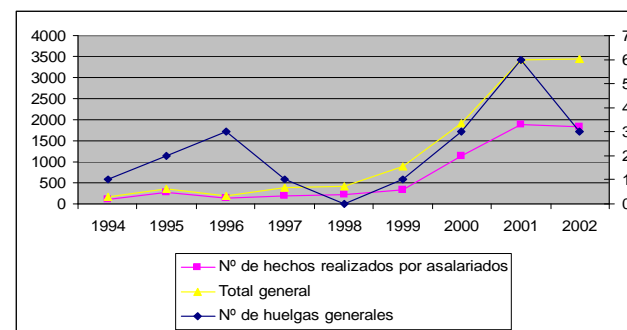
Veamos los datos:

Hechos de rebelión realizados por asalariados por año y total general de hechos de rebelión

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002
Nº de hechos realizados por asalariados	115	289	132	194	210	343	1134	1890	1825
% sobre el total de hechos de rebelión	70,9	77,1	67	51,6	50,4	38,7	59	55,4	53
Total general	162	375	197	376	416	886	1922	3409	3444

Fuente: Elaboración sobre Base de datos de PIMSAs

Lo que puede observarse es que en 1994, 1995 y 1996, mientras aumentaba el número de huelgas generales (1, 2 y 3 respectivamente), creció y disminuyó sucesivamente el número de hechos de rebelión realizados por los Asalariados.



del vicepresidente Carlos Álvarez y un enorme descrédito del gobierno que condujo finalmente a su renuncia en 2001.

³³ La delimitación de los Momentos es cualitativa y no por cantidad de hechos.

En 1996, el año en que se realizaron tres huelgas generales, dos de ellas ubicadas entre las de mayor adhesión y movilización del lapso considerado, descendió (casi a su mínimo) el número de hechos de rebelión realizados por los asalariados. Pero, teniendo en cuenta el amplio grado de adhesión registrado en esas huelgas generales, ese descenso es más atribuible al efecto depresivo que sobre la lucha obrera parcializada en el nivel económico corporativo inmediato produjo el crecimiento de la desocupación y subocupación, que en ese momento alcanzaron un pico, que a una escisión entre «cúpulas» y «bases». La huelga general otorga a los trabajadores la fuerza suficiente como para llevar adelante una lucha que, fragmentados en conflictos parciales, no tienen, y aquí se aprecia la función de centralización de la conducción de la lucha que tiene la dirigencia/burocracia sindical. Las huelgas generales de 1996 constituyen, en los hechos, un punto de llegada de las luchas anteriores desarrolladas en el momento ascendente que estamos considerando, punto que se prolongará en las luchas de barricadas de abril - mayo de 1997 en Cutral Có, Salta, Jujuy y Córdoba, y que terminará con la canalización de los conflictos en la campaña electoral de ese año y el incremento en la proporción de hechos de rebelión llevados a cabo por la Pequeña Burguesía con relación a los realizados por Asalariados³⁴.

En el momento descendente (1997 - 1999) la cantidad de hechos de rebelión de los Asalariados permanece bajo y lo mismo ocurre con el número de huelgas generales; es decir que ambos movimientos coinciden.

En el segundo momento ascendente, iniciado en diciembre de 1999, el movimiento señalado por el registro cuantitativo de hechos de rebelión también tiende a coincidir con el crecimiento en el número de huelgas generales: el número de hechos se incrementa fuertemente ese año y a partir de allí sigue creciendo hasta multiplicarse por seis entre 1999 y 2001.

³⁴ El momento ascendente también puede quedar expresado en el surgimiento del Movimiento de Trabajadores Argentinos, opuesto a la política económica y social del gobierno, que se unió al CTA y la CCC en la Mesa de Enlace, y al reemplazo de Antonio Cassia, líder del agrupamiento menemista denominado Movimiento Obrero con Propuestas (MOP), totalmente alineado con el gobierno, que había sido electo secretario general de la CGT en 1994, sucesivamente por Gerardo Martínez, en 1995, y Rodolfo Daer, en 1996, que si bien no eran opositores sí mantenían mayor distancia con la política económica del gobierno.

En síntesis, excepto en 1996, el crecimiento y decrecimiento del número de huelgas generales acompañó el crecimiento y decrecimiento del total de hechos realizados por los Asalariados; el «desacople» es apenas coyuntural.

Pero, más aún, si se observa la curva del Total de hechos de rebelión (que incluye a los realizados por todas las fracciones y grupos sociales) se advierte algo similar. Aunque no fuera necesariamente la meta de las centrales sindicales (excepto la CTA, que la hizo explícita) las huelgas generales articularon en los hechos a todos los protagonistas de los conflictos y luchas sociales, Asalariados y No Asalariados, que se estaban desarrollando: es en las huelgas generales con movilización cuando todos se movilizan simultáneamente y en todo el país. Cabe señalar también que si observa el peso relativo de los hechos realizados por Asalariados con relación al total de hechos de rebelión, la tendencia coincide aproximadamente con los momentos ascendentes y el momento descendente³⁵.

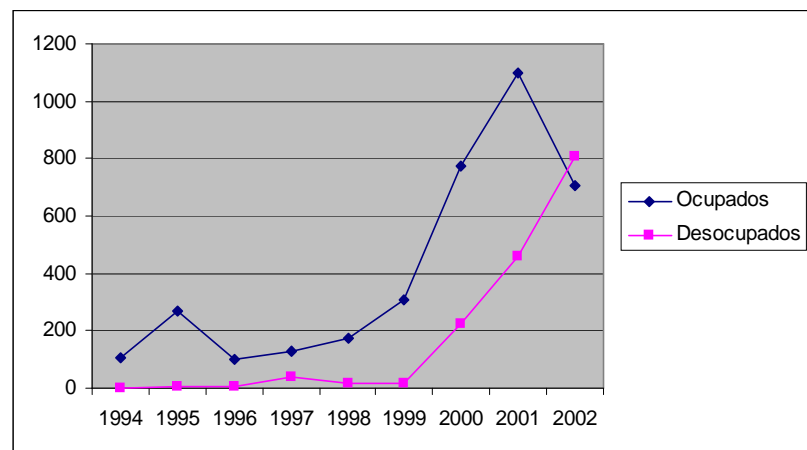
Resulta también necesario comparar los hechos realizados por Asalariados ocupados y por Asalariados desocupados, para verificar en qué medida se puede considerar que en la década de 1990 se produjo una fragmentación en la clase obrera:

Hechos de rebelión realizados por Asalariados según su situación ocupacional, por año

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002
Ocupados	108	270	101	129	172	307	776	1098	708
Desocupados	-	3	4	42	16	19	227	460	806
Ocupados y desocupados	-	1	2	6	-	2	27	110	173
Despedidos	2	3	15	7	14	6	23	35	62
Sin Datos	5	12	10	10	8	9	81	187	76
Total	115	289	132	194	210	343	1134	1890	1825

Fuente: Elaboración sobre Base de datos de PIMSA

³⁵ Si se observan los hechos mismos, más allá de las intenciones y motivaciones de las dirigencias/burocracias, tampoco aquí encuentra sustento la afirmación de que existió un «divorcio entre las dinámicas de las cúpulas sindicales y las nuevas luchas sociales que estaban emergiendo por fuera de las mismas» (Bonnet; op. cit., p. 368). La Mesa de Enlace conformada por la CTA, el MTA y la CCC a mediados de la década de 1990 explícitamente apoyó esas luchas. En el caso de la CGT denominada vulgarmente «oficial» no existió, efectivamente, voluntad alguna de organizar, expresar o conducir las luchas que se desarrollaban hasta alcanzar por momentos la forma de lucha de barricadas en distintos



Hasta 1999 los registros de hechos realizados por Desocupados son nulos o pocos. Consolidadas las organizaciones de Desocupados, el número se incrementa significativamente. En el primer momento ascendente casi no hay registros de hechos realizados por Desocupados. En el momento descendente, los registros son pocos y su incremento o decrecimiento no sigue la misma dirección que los hechos realizados por Ocupados. En el segundo momento ascendente la tendencia es la misma para Desocupados y Ocupados: ambos crecen hasta 2001; sólo en 2002 (y 2003, fuera del momento que estamos analizando) decrece el número de hechos realizados por Ocupados mientras continúa creciendo el realizado por los Desocupados; con posterioridad a 2003, la tendencias se invierten y, mientras crece el número de hechos realizados por Ocupados, disminuye el de Desocupados.

Los datos presentados refutan la afirmación de que desde mediados de la década del '90, las tendencias divergentes de la evolución de la conflictividad de ocupados y desocupados limitan la posibilidad de

lugares del país (Cutral C6, Jujuy, Salta, Corrientes); sin embargo, en los momentos de huelga general todos confluyeron. Se trata, pues, de una unidad en la acción, en determinados momentos, y no de una unidad en las instituciones.

establecer una periodización común para todas las fracciones de la clase obrera³⁶. En primer lugar porque, excepto en 1997, y casi hasta el final de la década, el peso de los hechos realizados por Desocupados es muy pequeño. Si bien tiende a ascender de manera constante, mientras que la cantidad de hechos realizados por los Ocupados es oscilante entre 1994 y 1997, concluir que siguen tendencias divergentes encubre que los hechos realizados por Desocupados crecen desde cero, por lo que obviamente la tendencia necesariamente va a ser al crecimiento. También deberían observarse las huelgas generales con movilización, convocadas por las centrales sindicales, y las Jornadas Piqueteras de 2001, en que ambas partes de la clase obrera se movilizaron conjuntamente.

En consecuencia no se trata de movimientos divergentes sino más bien concurrentes. Esto también se manifiesta tanto en las huelgas generales, que, a la vez, son las que presentan una mayor unidad de la clase obrera, como en las tomas de ciudades (Cutral-c6, Mosconi, Jujuy).

En síntesis, tanto desde lo señalado por el conocimiento acumulado (teoría) como por los datos correspondientes a la década de 1990, resulta que la huelga general, especialmente si es declarada con movilización, resulta un indicador apropiado para delimitar los momentos de ascenso y descenso de la lucha de la clase obrera en el período analizado. Ese indicador puede complementarse con otros hechos de rebelión que incluyen la confrontación callejera de amplias porciones de población y en los que también pueden observarse los grados de unidad/fractura y alianza/aislamiento de los obreros.

³⁶ Afirmación contenida, por ejemplo, en Piva (op. cit.).

Resumen

Aborda los problemas que hacen a la elaboración de una periodización de la lucha de la clase obrera. Más específicamente, plantea la validez de utilizar a la huelga general como indicador para construir esa periodización, tomando como dimensión general la lucha de la clase obrera, como dimensión específica el momento (de ascenso o descenso) que recorre esa lucha, como subdimensión los grados de unidad y de alianza de los cuadros, y como unidad de análisis es la huelga general. En la primera parte se analiza en términos teórico metodológicos la pertinencia de utilizar la huelga general para determinar los momentos ascendentes y descendentes de la lucha de la clase obrera; en la segunda parte se confronta con el análisis de los procesos de luchas políticas y sociales de los que ha participado la clase obrera argentina durante la década de 1990.

Abstract

This article deals with the problems of periodizing the struggle of the working class. It states the validity of using the struggle of the working class as general dimension, the ascending or descending moment as a specific dimension, the degrees of unity and alliance as a sub-dimension and the general strike as an analysis unity, to elaborate this periodization. The first part analyses the subject in theoretical and methodological terms; the second part confronts this analysis with the social and political struggles during the 1990 decade in Argentina.